

PLIEGO

Vida Nueva
3.021.
28 DE ENERO-
3 DE FEBRERO
DE 2017

La homilía, nuestro talón de Aquiles

JOSÉ LUIS CORZO, SCHP
Instituto Superior de Pastoral



El papa **Francisco** constata con tristeza en su exhortación *Evangelii gaudium* que, tanto fieles como sacerdotes, “muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar”. Todos saben lo que no debe ser una homilía, pero más difícil resulta explicar qué condiciones ha de reunir una buena predicación. Ayudado por dos maestros en estas lides –el propio **Bergoglio** y el añorado profesor **Jesús Burgaleta**–, el autor nos ofrece pistas para mejorar su preparación y celebración, con calidez y calidad. Quizá sea el primer paso para desterrar el aburrimiento de muchas de nuestras misas.

La gente suele aburrirse en muchas misas; pero las homilías, sobre todo, cansan y muchas veces hasta irritan –o irritaron– a los oyentes y a los que ya no vuelven más a misa por este motivo. La mayoría de los autores que escriben sobre la homilía constatan su dificultad. El papa **Francisco** también: “Los fieles, como los mismos ministros ordenados, muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar. Es triste que así sea...” (EG 135). Se pueden reunir citas famosas¹:

- “La predicación es útil porque somete a dura prueba la fe de quienes escuchan” (**Julien Green**).
- “Todavía es posible encontrar fe en Francia, a pesar de las treinta mil predicaciones de cada domingo” (**Yves Congar**).
- “La Iglesia ha colocado el Credo después de la homilía para invitarnos a creer a pesar de lo que hemos oído” (**Thomas Spidlik**).
- “En ningún lugar se ven rostros tan inexpresivos como en la iglesia durante la predicación” (**François Mauriac**).
- “Es un auténtico milagro que la Iglesia sobreviva a los millones de pésimas homilías de cada domingo” (**Joseph Ratzinger**)...

Se ha escrito tanto sobre la predicación que es difícil resumir lo esencial² y, además, casi todos se exhiben en decir lo que no debe ser una homilía (una clase, una meditación, una pieza oratoria, un fervorín improvisado...), y no es fácil elegir y reunir en pocas palabras lo que debe ser. Solo esto último me gustaría explicarlo aquí brevemente, a sabiendas de que hay tantas variables que cada uno sabrá lo que hace en su comunidad.

1. FORMAS DE MEJORAR LAS HOMILÍAS

Estoy seguro de que hay muchos caminos para ello al alcance de cualquier fiel cristiano, ya sea predicador u oyente. La celebración es cosa de todos y entre todos hemos de elevar su nivel. Los fieles también necesitan situarse y disfrutar de la homilía. Hacerla dialogada resultó inviable en la inmensa mayoría de los casos y hubiera aumentado los problemas. Los curas necesitamos cierta formación permanente, es indudable. ¿O ya salimos aprendidos del seminario en todo y la sociedad no cambia? De joven, yo creía que los superiores y el obispo vigilarían mi forma de celebrar la liturgia, y no a traición, sino por su deber pastoral. Pero no ha sido así.

¿Quién nos enseña entonces –a diáconos, curas y obispos– a predicar mejor y a corregir los defectos? Cualquier cristiano dócil y cumplidor oye más de tres mil sermones desde la infancia hasta sus 60 años adultos. Suponen unas 520 horas de su vida (unas nueve al año, a 52 anuales de diez minutos cada una). En las ciudades hay donde elegir predicador, pero no siempre. Vale la pena esmerarse y acertar en este servicio o ministerio nuestro.

1. Un buen camino seguirá siendo el **estudio** de la Teología pastoral y litúrgica, como deben hacer los seminaristas, subrayando lo esencial y –a ser posible– entrenando en prácticas docentes los recursos de cada uno. Ejercitarse con otros tiene enormes ventajas de humildad y de estímulo.

2. Pero otro camino es escuchar las **homilías ajenas**, tomar notas, si es necesario, y hacer una crítica

personal seria y razonada. Nos sería muy útil, y también a los fieles; se sacudiría la rutina de oír siempre al mismo sacerdote (o, la que es peor, la de oírnos solo a nosotros mismos). Estaríamos todos más atentos y los fieles participarían más.

Un exalumno gaditano, cura y amigo, grabó, como ejercicio de clase, nueve homilías del mismo sábado/ domingo madrileño. Con ellas hizo un magnífico estudio comparativo, teórico y práctico. También algunos periodistas saben “ir a misa” y contarlo. **Alfonso Ussía** anotó que “tampoco son recomendables los sacerdotes que hablan bien y se lo creen”, pero que lo más grave “es la extensión insoportable de los sermones dominicales”.

3. Un camino inverso es **escuchar** atentamente y sin pestañear las observaciones que nos hagan, si somos curas. Los fieles ya oyen los comentarios de los domingos a la salida de misa. Estaría muy bien que, en vez de esperar el chivatazo o de acudir al espionaje, el propio cura organizara de vez en cuando una reunión así con los fieles asiduos a la misma celebración dominical. Aprendería mucho el sacerdote (si logra escuchar en silencio), y los laicos vencerían mejor su timidez para estar más presentes y activos en la celebración. Muchas ideas de este *Pliego* han salido de una reunión así.

4. Todavía aprendí de mi querido compañero **Jesús Burgaleta** un camino más fácil, aunque menos comunitario, y lo adjunto en el anexo final: **la autocrítica personal** mediante algún cuestionario que también pueden responder los fieles. Otras preguntas pueden salir solas de la breve teoría que aquí resumo.

5. Hay también un atajo que parece resolverlo todo, pero es menos aconsejable, como ahora se verá: **copiar alguna homilía de los especialistas** que las ofrecen impresas o en la web. Pueden ayudar mucho, pero no suplen nuestro trabajo personal.

II. MAESTROS DE LA HOMILÍA

Selecciono solo dos, aunque el repertorio, desde los Padres de la Iglesia, es amplísimo. Sin ir más lejos, el 29 de junio de 2014, el cardenal **Cañizares**, desde la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, firmó un *Directorio homilético* en el que se daba buena cuenta del Magisterio eclesial a partir del Concilio Vaticano II. Hay, además, numerosos libros sobre la homilía y artículos en revistas litúrgicas especializadas que están a nuestro alcance, pero la razón principal de este *Pliego* es, precisamente, elegir lo esencial y simplificar, para no desanimar a nadie y, al contrario, estimular a todos los lectores sacerdotes y laicos.

A. El papa Francisco habló de la homilía en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (EG), del 24 de noviembre de 2013, y todos los autores recientes –incluido el mencionado *Directorio homilético*– subrayan la extensión y detalle con que lo hizo. Se trata de 25 párrafos preciosos (nn. 135-159) y muy comentados. Por mi parte, confieso mi sorpresa por no haber comprendido antes de este documento la causa de muchos errores frecuentes. *Omíleo*, dicen todos, es tratar y conversar en familia, dialogar, ¿pero de qué diálogo se trata? ¿Salió de ahí, tal vez, la insistencia en que las homilías han de ser dialogadas con los fieles? Pero el Papa lo aclara y alude al diálogo una docena de veces: “La homilía es un retomar ese diálogo que ya está entablado entre el Señor y su pueblo. El que predica debe reconocer el corazón de su comunidad para buscar dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios, y también dónde ese diálogo, que era amoroso, fue sofocado o no pudo dar fruto” (n. 137).

No. No se trata de dialogar con los fieles, sino de mediar en un diálogo ya instaurado por Dios con el hombre

y con su mundo desde el principio. Un diálogo eterno, primordial, que ahora se hace vivo al celebrar la liturgia de su Palabra; porque no es que Dios tenga diferentes palabras, como podría tener misericordia, amor u otras cosas. Es que Dios es Palabra, auténtica comunicación con nosotros, y no solo tiene amor misericordioso con los pecadores, sino que es todo Amor y Misericordia.

Según esto, la homilía es un acto sacramental, religioso, mucho más que racional o didáctico; es en sí misma celebración sagrada, encuentro con Dios que borra nuestros pecados. Aquí y ahora se nos entrega, se nos da, nos habla; y en una forma asequible para nosotros, en palabras como las nuestras, las de la Escritura recién proclamada. Palabra de Dios es el propio Cristo, entregado en su carne mortal y humana y en su sangre derramada, también presentes en la Eucaristía. De ese diálogo iniciado y mantenido siempre por Dios se trata en la homilía, y Francisco lo explica: “El predicador necesita también poner un oído en el pueblo, para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar. Un

predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo... Se trata de conectar el mensaje del texto bíblico con una situación humana, con algo que ellos viven, con una experiencia que necesite la luz de la Palabra. Esta preocupación no responde a una actitud oportunista o diplomática, sino que es profundamente religiosa y pastoral” (n. 154).

Quien pronuncia la homilía está implicado en ese diálogo como uno más y debe introducirse en él, escuchar ante todo y de ninguna manera superponerse a la Palabra y explicarla como su dueño. Ella también se dirige a él, y él la recibe –ojalá– conmovido al darse cuenta de que “muchas veces y de muchas maneras habló Dios a nuestros padres por los profetas” (Heb 1, 1), y ahora también aquí. En nuestra memoria se suscita la larga y prodigiosa revelación del Dios-con-nosotros. Así que, acto seguido, el predicador, por su servicio litúrgico y pastoral, hace de mediador entre sus hermanos y el Padre. Ese, y no otro, es el diálogo homilético: Dios y la comunidad que celebra su Palabra. Y Francisco anota entre otros



muchos detalles realistas y concretos: “Este ámbito materno-eclesial en el que se desarrolla el diálogo del Señor con su pueblo debe favorecerse y cultivarse mediante la cercanía cordial del predicador, la calidez de su tono de voz, la mansedumbre del estilo de sus frases, la alegría de sus gestos. Aun las veces en que la homilía resulte algo aburrida, si está presente este espíritu materno-eclesial, siempre será fecunda, así como los aburridos consejos de una madre dan fruto con el tiempo en el corazón de los hijos” (n. 140).

B. Jesús Burgaleta fue profesor del Instituto Superior de Pastoral en Madrid hasta su muerte en 2007, cuando **J. M. Vidal** le recordó en la prensa como “el teólogo que enseñaba a los curas a dar misa”. Aunque compañeros, un año me admitió en su seminario sobre la homilía y, luego, me regaló su taco de apuntes manuscritos. Sea un homenaje a su memoria traerle aquí como maestro de la homilía.

Su secreto creo reconocerlo en la intención y hondura que él daba al verbo *celebrar*. Por él penetraba Burgaleta en esa zona vivencial de experiencias como la religiosa y muchas otras (la belleza, el amor, la fiesta...). Son pocos los que saben distinguir con nitidez ese sobresalto simbólico que experimentamos con algunas palabras, hechos, personas u objetos normales de nuestra vida. Saber del símbolo (que también se llama misterio y sacramento) es esencial, y yo no examinaría de otra cosa a quien quiera servir como catequista, diácono, cura u obispo.

Ni siquiera la escuela cultiva el conocimiento simbólico, tan peculiar y diferente del sensorial y del racional con que captamos lo ajeno. El simbólico nos regala además en un instante nuestra relación con eso otro; es autoimplicativo y más comprometido que la mera inteligencia emocional. Ese rostro que nos mira nos suplica respuesta, ese acontecimiento nos convoca y una melodía nos transporta, como este lugar nos habita... Eso sucede en nuestra celebración comunitaria –como insistía Burgaleta en su clase–, si es que llega a serlo. De pronto nos vemos ante una doble realidad: la ajena y la más íntima a nosotros mismos, la más

evanescente. No solo conocemos al Padre, sino que lo vivimos como hijos suyos, y hermanos.

La maestría de Burgaleta alertaba sobre dos puntos esenciales de la homilía: la celebración eucarística es única, una sola unidad con homilía y todo, indisoluble. Y dos: la comunidad celebra (recuerda, festeja, acoge, disfruta...) el don mismo de Dios a nosotros aquí y ahora en su Palabra y en su Pan... Rúbricas, ritos y hasta las lecturas del día celebran el Don que es Dios aquí, ahora, con estos. Ni más ni menos.

Si los símbolos fueran como los signos, bastaría explicar a los fieles que esto significa aquello y, aquello otro, lo de más allá; como si fueran las señales de tráfico o las divisas militares. Pero no. Hay que recrearlo juntos, celebrar de tal modo que se produzca nuestro sobresalto más allá de todos sus elementos y, gracias a ellos, en ellos: en la congregación, en la música y en el canto, en las lecturas y en el silencio, en las oraciones, en los gestos, en lo que compartimos... Y por eso pedimos que este pan y este vino, por el Espíritu Santo, “sean para nosotros Cuerpo y Sangre” entregados ahora. Un verdadero sacramento, símbolo y misterio de nuestra fe.



III. UNA GUÍA CONCRETA Y PERSONAL PARA PREPARAR Y CELEBRAR LA HOMILÍA

Hay homilías para todos los gustos, ¡y buenas! Los libros las describen y el propio profesor Burgaleta las clasificaba en sus apuntes en siete géneros, por lo menos, de los que ponía ejemplos clásicos u originales suyos: homilías *proféticas* (de anuncio y denuncia social, de autocrítica, interpretación y consolación), *exhortativas*, *doctrinales*, *testimoniales* (confesión del pecado, de la fe, del Nombre de Dios), *narrativas* (sin más, o con un cuento, parábola o alegoría), *poéticas* (lírica, épica, nana, villancico) y otras (como los *felices macarismos*, antítesis, sapienciales, epistolares, manifiesto, panegírico, elegía).

Las malas homilías también se clasifican y se suele bromea con ellas: repentina, libresca, de arqueología colateral, romántica, demagógica, retórica, antológica de citas, tipo molusco (blandengue), ladrillo, espagueti (enrollada), cajón de sastre, repetitiva (de la lectura), teológico-técnica, callejera

y castiza, sin saber cómo aterrizar³... y mitineras o políticas, añadiríamos, algo que la gente no tolera.

Bastaría un adjetivo de los fieles para la que acaban de escuchar y nos la retratarían bastante bien. Pero lo mejor es hacernos personalmente con alguna guía sencilla elemental como quiere ser esta:

1. Leer bien las lecturas en voz alta es esencial. Hay que asegurarlo en las celebraciones como sea, porque no son un pretexto para la homilía, ni van aparte; componen la misma y única celebración. Los textos mandan sobre la homilía y hay que oírlos bien; para eso están. En muchas asambleas aún tenemos que aprender a leer, que para eso se instituyó el lectorado; hoy hay maestros. No se debe leer todo con el mismo tono y con la misma voz “de cura” que, para hacerse sagrada, a veces no pasa de engolada; y va tan veloz, que en muchas ocasiones ni se disfruta. Leer merecería un Pliego aparte, pero, desde luego, merece el ensayo de los lectores antes de cada celebración. Por ejemplo, el salmo es responsorial y muy diferente de la primera lectura. Los gálatas no están aquí sentados, así que el “hermanos” no va con nosotros, que solo oímos lo que Pablo les dijo. El mismo Evangelio no tolera una simulación teatral con voces fingidas, de las que el sacerdote se identifica con la de Cristo. Entre el teatro y la monotonía queda mucha hermosura auditiva aún oculta: en toda la liturgia de la Palabra –lecturas y homilía– “la verdad va de la mano de la belleza” (EG 142). De cuanto aprendí –ya bien mayor– con un estupendo maestro lector, conservo esta sorpresa: el oyente de palabras ha de ver imágenes vivas. Del oído al ojo imaginario. Que lo tenga en cuenta el lector al ensayar: si él no ve las imágenes, los demás, menos. “En aquel tiempo...” debe suscitar el encanto del “érase una vez...”.

2. Acoger como celebrante el Don de Dios, personalmente. Hay que hacerlo en toda la celebración y, en especial, al preparar la homilía, solo o con otros. Así también podrá testimoniar con humildad su propia acogida.

Francisco insiste mucho, porque el predicador no mediará el diálogo con Dios si él se mantiene ajeno: “Un predicador que no se prepara no es espiritual, es deshonesto e irresponsable con los dones que ha recibido” (EG 145). “Si no se detiene a escuchar esa palabra con apertura sincera, si no deja que toque su propia vida, que le reclame, que lo exhorté, que lo movilice, si no dedica tiempo para orar con esa Palabra, entonces sí será un falso profeta, un estafador o un charlatán vacío” (EG 151).

3. Contar tres veces con la asamblea, aunque, por desgracia, no siempre es una comunidad, sino un agregado de gente diversa. El sacerdote mal va a mediar entre Dios y su pueblo si no los conoce; no ya sus vidas concretas, sino aproximadamente:

a) La calidad de su fe (comprometida, popular, orante, con o sin obras...); su nivel cultural, social y político; su vinculación eclesial (gente de solo misa o más implicada...); su docilidad (críticos, sumisos, *beatos*...). Y conviene revisar nuestra actitud de fondo ante los fieles: ¿paternalismo, superioridad, dominio? ¿Acaso temor, inferioridad, indiferencia o desprecio?

Es muy importante contar con el último, con el recién venido, con los más escépticos –abundantes en bodas y funerales– e incluirlos, no sea que la rutina genere un clima excluyente de los no iniciados, como puede pasar donde siempre se reúnen los mismos.

b) También importa mucho sintonizar con el estado de ánimo

colectivo a causa de sucesos, noticias y acontecimientos sociales, buenos o malos, que todos conocen.

c) Y tras las lecturas recién proclamadas, hay que calibrar bien si estos fieles las absorben o no; si les escandalizan o se alegran con ellas, si comprenden sus expresiones centrales, el contexto de aquella parábola..., etc. Casi siempre conviene hacer una breve explicación inicial de los textos (un aviso previo o las primeras palabras de la homilía); todo, menos dejar aparte las lecturas y hablar de otra cosa, aunque no dé tiempo para hilvanar las tres.

4. Y hablar con estos fieles concretos.

Todo lo anterior debe asegurar un rasgo de las homilías que se capta al vuelo. El celebrante no hace un monólogo, se dirige y habla con estas personas aquí presentes, no al vacío ni a un auditorio genérico y abstracto. Se nota enseguida si el celebrante conecta o no con la gente, guste o no lo que diga; si les deja reaccionar, aunque permanezcan en silencio. Es ridículo iniciar con “queridos hermanos”, si uno habla al aire. La palabra viva exige comunicación directa, de ida y vuelta. Por eso Platón temía por la invención de la escritura, ya que iba a peligrar esa condición comunicativa del habla humana: va de uno a otro y los vincula. El gesto inexpresivo de muchos fieles en misa es la peor señal de su ausencia. Nunca logré compartir del todo con

Burgaleta una recomendación muy suya: llevar la homilía escrita, aunque no se lea... Vea cada cual si le bastan unas notas, porque una buena preparación –que a él tanto le importaba– es lo imprescindible.

5. Sin irnos por las ramas, sino a lo esencial, ya que solo celebramos una cosa: la acción de gracias (eucaristía) por este Don actual del Señor.

Francisco lo llama la síntesis: “El desafío de una prédica inculturada está en evangelizar la síntesis, no



ideas o valores sueltos. Donde está tu síntesis, allí está tu corazón. La diferencia entre iluminar el lugar de síntesis e iluminar ideas sueltas es la misma que hay entre el aburrimiento y el ardor del corazón” (EG 143).

Es una síntesis, no obstante, que brota de las lecturas, y muchas veces habrá que explicar su sentido. Dios inició su Don al hombre al principio de la creación y mantuvo su alianza en la historia hasta el culmen de su Palabra hecha carne. Estas lecturas

venimos invitados. Porque la homilía es un acto, no una instrucción; no mira al “tenéis que hacer”, sino al “esto sucede ahora”. Y además, no interrumpe la celebración ni la divide en dos partes, es suma y sigue.

6. Algún detalle suelto más importante.

A. La duración de la homilía preocupa mucho a todos, y con razón. Otros defectos la gente los perdona, pero el exceso interminable, no. Creo que jamás he mirado el reloj predicando –en clase, sí–, y es muy

Francisco, siempre tan concreto, da para la brevedad un doble motivo fundamental: “Si la homilía se prolongara demasiado, afectaría a dos características de la celebración litúrgica: la armonía entre sus partes y el ritmo” (EG 138).

Puede que hayamos abusado en las rúbricas al distinguir “parte primera, segunda..., liturgia de la Palabra, de la comunión”, etc., y se nos haya escapado la unidad. Puede que la reforma litúrgica conciliar –tan extraordinaria– esté todavía abierta y pendiente de nuevas mejoras, pero hoy por hoy ya tenemos una celebración aceptable, ensamblada y comprensible. El diálogo fundamental con Dios lo incorpora el rito ordinario: aclamaciones tras las lecturas y en el memorial de la Cena, el salmo compartido por la comunidad, el credo, la oración de los fieles, la música y los cantos son nuestras respuestas. No debe la homilía dislocar ese conjunto; ella incluye nuestra respuesta más personal e íntima, sostenida por el breve silencio posterior, similar al que sigue a la comunión.

Pero Francisco, a la unidad eucarística, ha añadido sabiamente el ritmo de la celebración. Genial. Llegar tarde “a misa” o interrumpir con ruidos y teléfonos móviles debería resultar algo estridente para todos y que todos habrían de evitar.

B. El lenguaje de la homilía, como otros detalles citados por el Papa –“la cercanía cordial del predicador, la calidez de su tono de voz, la mansedumbre del estilo de sus frases, la alegría de sus gestos” (EG 140)– son medios y recursos nada desdeñables. Como el buen humor ocasional, y hasta la risa colectiva; que “la boca se nos llenaba de risas, la lengua, de cantares” (Sal 126, 2).

Vivimos en el lenguaje y, tal vez, a su increíble fuerza poética le debemos los mejores sobresaltos de nuestra vida hacia la trascendencia de nosotros mismos. Así que, tras examinar sobre el símbolo a los pastores, nos deberían examinar también de un primo hermano suyo, el lenguaje. Sí, ya sé que “al atardecer de la vida nos examinarán del Amor”, pero eso a todos. Los juegos del lenguaje nos permitirán, además, hacer más variado el género monótono de nuestras homilías.

concretan otros momentos históricos del diálogo de Dios con su pueblo y con el hombre; a veces, con los protagonistas del relato, y siempre con los autores sagrados. Para interpretarlas y encuadrarlas son muy útiles las guías que publican muy buenos exegetas. Ahora, el predicador no se quedará en aquellos detalles, sino que irá a lo esencial, lo que ahora sucede y se actualiza aquí de forma similar: “Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy” (Lc 4, 21).

Y, por fin, toda homilía apunta y desemboca en el altar, en la mesa del banquete gratuito y generoso al que

fácil despistarse; a lo mejor, se podría pedir a un alma buena que se ponga de pie a los ocho o diez minutos máximo para avisarnos. Una homilía de 20 o 25 minutos –en España, al menos– no se la deben permitir ni los obispos. Se cuentan casos horribles, como si quisieran ahuyentar a la gente. La enseñanza, los avisos y la catequesis tienen su espacio propio, incluso al terminar la celebración.



Hay que “deleitar, conmover y convencer”, como dicen que san Agustín copió de Cicerón.

“En misa” hay cientos de vocablos teológicos y de la jerga eclesial (por cierto, como *homilía*) que piden ser urgentemente sustituidos por expresiones actuales; a la gente de hoy no le dicen nada⁴. Con Gonzalo de Berceo, cada celebrante se lo debe proponer: “Quiero fer una prosa en román paladino / en el qual suele el pueblo hablar a su veçino...”. Y, si no, que lo digan los feligreses: ¿qué nos separa más del mundanal ruido?, ¿la atmósfera del templo o el lenguaje usado dentro de él? La normalidad verbal del celebrante, si la hay, salta a la vista y nada quita al Don de Dios de cada día. Al contrario, nos acerca a la gente, a la realidad actual y a la Doctrina Social de la Iglesia, tan necesarias en la predicación.

C. Y una tentación final que creo nos asalta sutilmente a los predicadores y a los laicos más enteradillos. Los cristianos españoles no están muy formados en teología; su cursillo más completo fue el de la primera comunión, ya que los siguientes fueron otra cosa; para preparar el matrimonio, por ejemplo. Así que dan ganas de organizar un temario y un curso a lo largo del año y saltarse el ciclo litúrgico, pero, ¡ca!, eso es imposible. Solo queda resignarse a lo superficial, no complicarse mucho y decir lo de siempre, lo esencial, a ver si lo entienden. Es el enemigo el que lo sugiere. La fe no es longitudinal ni va sumando centímetros, sino que es concéntrica, en espiral. No una faceta más del espíritu humano –decía P. Tillich⁵–, sino la dimensión de profundidad de cualquiera de ellas.

Nuestra habilidad consiste en ir hoy también a lo profundo de nuestras vidas, precisamente, desde estas lecturas y de forma sencilla. Y volver a ello muchas veces.

IV. MARAVILLOSAS EXCEPCIONES

Me asusta proponer un solo método para cualquier cosa. Cada maestrillo, al fin, tiene su librito. Hay mil circunstancias de las Iglesias particulares que podrían recomendar caminos muy diferentes de los que yo he reunido aquí. Así que añadiré por mi cuenta una pregunta más

ANEXO FINAL

Cuestionario sobre la celebración de la homilía
(Seminario de Jesús Burgaleta en el Instituto Superior de Pastoral, 17 de febrero de 2006)

A. Pautas de revisión para los ministros ordenados
que hacen el servicio de la homilía en la celebración de la Palabra y en los sacramentos o sacramentales.

- I. ¿Qué estudios has realizado sobre la *predicación* en general y sobre la *homilía* en particular?
 1. ¿Dónde has aprendido a predicar? (evangelizar, catequizar, homilía...).
 2. ¿Estás satisfecho de lo que te enseñaron?
- II. Respecto de las homilías que tú predicas:
 1. ¿Cuándo preparas la homilía?
 2. ¿Qué tiempo le dedicas?
 3. ¿Qué materiales o libros utilizas para prepararla?
 4. ¿La preparas con otras personas?
 5. ¿Te cuesta mucho conectar con la problemática de la gente?
 6. ¿Trabajas el lenguaje con el que vas a comunicar el mensaje?
 7. ¿Escribes lo que vas a comunicar?
- III. ¿Qué piensas o sientes de ti mismo como ministro de la Palabra?
 1. ¿Qué es lo mejor de ti cuando predicas? Valórate con sencillez.
 2. ¿Qué es lo peor? Valórate con sencillez.

- IV. ¿Qué piensa la gente de ti como predicador de la homilía?
- V. ¿Qué importancia tiene en tu vida el ministerio de la Palabra? Importancia real, no simple deseo.

B. Pautas de revisión para los bautizados servidores
de la Palabra o simples receptores de la misma.

- I. ¿Qué piensas, en general, de los que predicán, sobre todo, la homilía?
- II. ¿Cuándo puedes decir que esta persona es un verdadero ministro de la Palabra? Describe las características.
- III. ¿Qué crees que falla en la predicación de quienes hacen la homilía?
 1. ¿Saben lo que es una *homilía*?
 2. ¿Saben lo que dicen? (si dicen algo).
 3. ¿Lo dicen bien?
 4. ¿Conectan con los problemas reales de la gente?
 5. ¿Se les nota que la han preparado? ¿En qué se nota?
- IV. ¿Qué sugerirías para recuperar o potenciar el ministerio de la Palabra, por ejemplo, en la homilía de la Eucaristía dominical?
- V. Si eres ministro de la Palabra, en cualquiera de sus modalidades –evangelizadora, catequizante o celebrativa–, pregúntate lo mismo que se ha propuesto para la revisión de los ministros *ordenados* (apartado A).

LA HOMILÍA, NUESTRO TALÓN DE AQUILES

al cuestionario que cierra este *Pliego*: ¿recuerdas una homilía extraordinaria –acaso la mejor– oída a lo largo de tu vida? ¿Cómo era? Y respondo el primero para dar buen ejemplo. Lo he contado más veces y todavía me emociona.

De seminaristas nos íbamos los domingos a ayudar en las catequesis y misas de los pueblos vecinos. En uno de ellos, el pobre sacerdote, medio ciego, enfermo de alcoholismo y mayor, nos recibía gozoso y nos cedía alegre todas las tareas, incluso en el altar. Apenas se reservaba algo para él: la consagración del pan y del vino, porque no había más remedio y, eso sí, ¡la homilía! ¡Ah!, y la lectura del Evangelio, claro está. Tras leerlo conmovido –se notaba– y con sus gafotas, muy despacio, como si lo oyera ahora por primera vez, el buen párroco –quita y pon sus gafas-lazarillo– miraba fijamente a sus fieles y, luego, al libro otra vez y releía una primera frase. “¡Qué bonito!”, añadía paladeándolo. Volvía sobre otro párrafo y “¡qué bonito!”

decía avisando a su parroquia con un entusiasmo que todavía me estremece. Y así seguía hasta el final. Estaba claro que aquel Evangelio del día le gustaba mucho; seguro que iluminaba su esperanza o su imaginación concreta del cielo y de aquella misma tierra que cultivaban con sudor sus feligreses. Era evidente que le encantaba la misericordia de Jesús con la adúltera, o con los niños, o con los de Emaús, o con la ciudad de Jerusalén próxima a su destrucción... Estaba claro que le entusiasmaba el rigor del Señor con los fariseos y los escribas, ¡hipócritas!

– ¡Como el otro domingo!, pensábamos nosotros, pero ¡qué bien lo hace, y qué ganas de volverlo a leer en casa! Así mismo.

Si ahora repaso mi *Pliego*, aquella homilía merece un diez: era breve, centrada en las lecturas (casi siempre en el Evangelio) y una verdadera fiesta celebrada por una presencia divina real e indudable allí y en aquella hora del pueblo,

que nos implicaba a todos y, casi en primer lugar, a él. No conectaba con las noticias mundiales del momento, pero él sabía muy bien lo que pasaba en el pueblo y conocía a su gente. Y ellos a él, que se diría que estaban orgullosos de su cura por darles palabras de vida eterna; ¿a dónde, si no, iban a ir a buscarlas? (Jn 6, 68). No cortaba el encuentro apenas comenzado, pues enseguida venían muchos a tomar la comunión y a hacerla entre todos juntos.

Esta sencilla homilía no se me olvida nunca y la recupero cuando me siento desganado alguna vez antes de ir a misa. Es la que mejor recuerdo. Le siguen, con un nueve, las que pronunciaba el escolapio **Ernesto Balducci** (1922-1992) los domingos en la Abadía fiesolana (colina de Florencia), donde muchas veces concelebré con él. Era una misa

“de arte y ensayo”, como las llama un amigo, abarrotada de “gente bien”. Pero ¡qué homilías!, largas, de quince minutos. Están editadas en varios volúmenes y todavía las hojeo para prepararme

yo en más de una ocasión. Encierran el temprano descubrimiento de los pobres en el corazón del Evangelio, hoy proclamado por Francisco como insoslayable, y denuncian esa extraña deriva de nuestro confortable mundo occidental, que ha ido en aumento después.

Este *Pliego* no puede quitarme ninguno de los dos recuerdos. ●



Notas

1. V. Peri, *La homilía*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2013.
2. Citaré, además, a nuestro querido profesor L. Maldonado, *La homilía* (Paulinas, Madrid, 1993), y al autor de un manual para seminaristas, F. J. Calvo Guinda, *Homilética* (BAC, Madrid, 2003). Más recientemente, *Vida Nueva* publicó otro *Pliego*: J. M. Siciliani Barraza, “La homilía, un arte que debe ser cultivado”, n° 2.950 (2015), pp. 23-30; y otros artículos (cf. n° 2.701 (2010), pp. 34-35). También *Sal Terrae*, n° 104 (2016), reúne cinco artículos de A. García Rubio, Pablo Guerrero, J. R. Busto Sáiz, F. Ramírez Fueyo y M. Junkal Guevara; y así el Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona y otras revistas litúrgicas españolas, o no.
3. <http://hermano-jose.blogspot.com.es/2015/06/15-tipos-de-homilias-malas-que-se.html>
4. Cf. J. L. Corzo, “Patologías del lenguaje en la acción pastoral”, en Instituto Superior de Pastoral, *Lenguajes y fe* (Verbo Divino, Estella, 2008), pp. 79-107.
5. P. Tillich, *La dimensión perdida*, DDB, Bilbao, 1970.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 114,50 € / UE: 171,60 € / OTROS PAÍSES: 165 € / 47 NÚMEROS AL AÑO

Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanueva.es

Nombre y Apellidos:

Dirección: C.P.:

Población: Provincia: País:

CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.



C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino, 28660 Boadilla del Monte [Madrid]
Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 118 / Correo electrónico: ppcredit@ppc-editorial.com

Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al fichero de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribuidora, S. A., C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte, Madrid. Los datos que nos facilite podrán ser cedidos con fines comerciales incluida publicidad por medios electrónicos, a las empresas de nuestro Grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.grupoppc.com>; si usted no lo desea, por favor, comuníquenoslo.

☐ Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE OFICINA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha: Firma: